

De cómo, por qué y para qué el magisterio me eligió

María Catalina Josefina González Pérez*

Cuando se tiene la posibilidad de estudiar, de transitar de un grado escolar a otro y de un nivel educativo a otro, pueden surgir interrogantes: ¿por qué?, ¿para qué?

Tal vez estas cuestiones asalten desde la infancia, porque cuesta esfuerzo levantarse, realizar actividades domésticas encomendadas o hacer la tarea escolar. Recuerdo a uno de mis hermanos que preguntaba por qué tenía que ir a la escuela y de ahí venía toda una serie de razones para convencerlo y luego, obligarlo.

Para mí, fue de alguna manera natural asistir a la escuela porque había una meta que cumplir: ser maestra. Desde la infancia me llegó el convencimiento de que era bonito dedicarse a enseñar a niños y niñas. Tuve el ejemplo familiar y las condiciones se fueron acomodando para que llegara hasta la Escuela Nacional de Maestros, porque vivíamos en la Ciudad de México y era la institución pública en la que se podía realizar los estudios para maestra de educación primaria.

Comencé mi trayectoria escolar en primer grado en la escuela primaria ubicada frente a la casa que habitábamos en esa época. Ya a los tres años de edad había ido a tocar la puerta con un cuaderno y un lápiz, cuando me escapé y crucé la calle, pero no me dejaron entrar y mi mamá ya estaba tras de mí. En esos años, aún no era obligatorio el preescolar, así que a los seis años me inscribieron en el turno vespertino porque el matutino sólo era para varones.

Recuerdo que la maestra nos acomodó en las bancas binarias de madera pintadas de color verde con una hoquedad para colocar el frasco de tinta, que ya no me tocó usar. Era un grupo mixto, integrado por más de 30 estudiantes, no sé cuántos estábamos en ese salón, pero ví a muchos niños y niñas.

Una gran sorpresa y un regalo excepcional me llenó de alegría. Daban libros para todos. Un día se abrió la puerta: Don Felipe, conserje de la escuela, llegó con cajas y cajas para que la maestra los repartiera. Aún recuerdo la emoción de recibir el paquete de libros que en la portada tenía a esa figura

icónica: la Patria. El aroma a libro nuevo inundaba el salón y el asombro nos invadía. La maestra fue entregando a cada quién y dio recomendaciones para forrarlos y colocarles nuestro nombre, porque ¡ya nos pertenecían! Eran nuestros libros de texto gratuitos que orgullosamente llevé a casa, los cuales maravillaron tanto a mis padres como a mis dos hermanos más pequeños.

Fuimos seis hermanos, todos asistimos a la misma escuela y aunque mi hermano empezó en el matutino, luego lo pasaron a la tarde, como le decían al turno vespertino. Todos disfrutamos de tener libros nuevos cada año, cada que se aprobaba un grado y pude ver los libros de la reforma de los setentas, con los libros por áreas y luego los libros integrados para primer y segundo grados, que se editaron por los ochentas. Es curioso cómo las familias viven los cambios curriculares a partir de los libros que llevan sus hijos e hijas a sus hogares.

Particularmente, *Mi libro de primer año*, ha ocupado un lugar especial. En ese tiempo el método onomatopéyico era el que prevalecía, así que *Ese oso se aseá*, por ejemplo, estaba ubicado para aprender la letra S. La maestra tenía material didáctico en las paredes del salón que compartía con la maestra del turno matutino y en el pizarrón verde con el gis blanco, colocaba los ejercicios de caligrafía para tener bonita letra. A mí me tocó aprender la letra tipo *script* o manuscrita y los ejercicios se hacían en un cuaderno doble raya.

En realidad, antes de entrar a primero mi mamá ya me había enseñado a leer y escribir. Desde mis primeros años tuve cuaderno, lápiz, colores, libros. Mi mamá era asidua lectora; entre sus tesoros recuerdo *Sinuhé, el egipcio* y sin falta los números mensuales de la revista *Selecciones del Reader's Digest*, con variados temas, que por muchos años ella coleccionó. En casa de los abuelos, *El Tesoro de la Juventud* integraba libros de lectura para que el abuelo me tomara la lección.

La lectura y la escritura fueron prácticas constantes. Recuerdo las clases de la maestra Delia y las dificultades de algunos niños y niñas para juntar las letras, identificar las sílabas y leer palabras y frases completas. Utilizaba el libro, nos contaba historias con el material que preparaba, nos ponía canciones, a recortar y pegar figuras, a colorear y muchas otras actividades bajo el principio de que a leer se aprende leyendo y a escribir, escribiendo; es decir, aprender haciendo. A leer aprendí con el silabario de San Miguel y el cajón de las vocales en mi

casa y con mi libro de primero aprendí a contextualizar historias breves con sentido, a hacer planas y para corregir ortografía, repetir cien veces las palabras que había escrito con errores. Creo que a pesar de lo tradicional que hoy pueda parecer el método, no soy tan mala leyendo y escribiendo y no tengo el trauma de hacer planas, me gustaba.

La primaria transcurrió con maestras y maestros pacientes, dedicados, algunos enojones y estrictos. En la secundaria, mis preferidas eran las clases de Geografía con las maestras Pilar y Martha Cienfuegos, quienes con su exigencia y muchas veces intransigencia, con ciertos alumnos, me hacían pensar en el mundo, sus pobladores, paisajes, lugares e información inéditos para mí; las representaciones cartográficas y aprender la localización en el *Atlas Hammond*, se volvieron de gran interés.

Por estas influencias, soy maestra de educación primaria y de educación secundaria en Geografía.

Desde mi niñez, observé que la docencia es dar y recibir. Es estar con gente y aprender a aprender. Ví en mi familia con mis tías y mi mamá, así como en la escuela con mis maestros y maestras, que el magisterio tiene un lado humano sí, también un sentido social, ético y político.

Esto fue más claro para mí al estudiar en la Nacional de Maestros y en la Normal Superior, cuatro años en cada una y luego otros años más al cursar posgrado. Entendí, porque mi papá me lo decía también, que ser maestra es una alta responsabilidad social para la cual hay que prepararse mucho, hacer las cosas bien, conocer a las comunidades, a los estudiantes y a sus familias, conocer muy bien los materiales educativos, las propuestas pedagógicas y diversas estrategias didácticas. Todo lo que se decida hacer o no, tiene un efecto en los estudiantes, sus familias, en mí misma, no sólo en el presente sino en el futuro.

Además de bonito, como lo veía en mis años mozos, ser maestra causa satisfacciones, emociones, frustraciones, tensiones, contradicciones, amistades y enemistades. Más que eso, es un compromiso. Tiene su lado oscuro y también, con mayor fuerza, un lado intensamente luminoso.

Aprendí de mis maestras y maestros con amorosidad, honestidad e interaprendizaje, la necesidad de tener precisas tus coordenadas y saber caminar en el terreno estratégicamente, saber pensar el espacio y sus interacciones, contar con sistema de referencias sólidas

y argumentadas que te posicionen con seguridad. A veces me perdí, me cansé, me desvelé y aun así, ha valido el esfuerzo.

Soy profesora y me mantengo en esta profesión por muchas razones; sigo en ella porque en cada aula, con estudiantes chicos y grandes, de primaria, secundaria o posgrado, confirmo que educar es creer en los otros, incluso cuando el mundo invita a ya no hacerlo.

Confío en que juntos podamos contribuir a lograr una utopía que, muchas veces, me la tiraron al suelo, lo que me ha hecho necia para no cejar en la esperanza, no en la que espera, sino la que construye un mejor mundo en donde todas, todos y todes tengamos oportunidades de vida digna.

Es un reto el encuentro con el otro, verme en sus miradas, escucharme en sus palabras, reflejarme en sus temores, alegrarme con sus logros, llorar por sus duelos o sinsabores y reencontrar la senda para seguir aprendiendo más que enseñando.

Tengo muchas dudas, mucho por aprender, he cometido errores, me he desilusionado y aun así me mueve el recibir reciprocidad en mis colegas –porque ahora trabajo con docentes– y también agradezco a quien, con su mal trato o sus exigencias extremas, me han hecho fuerte. Mi sentipensar aún sigue en construcción.

Agradezco a quienes han estado en mi vida profesional y personal por coincidir en proyectos y sueños comunes, por hacerme entender que el magisterio me eligió a mí y que, a estas alturas, ya no me puedo echar para atrás o hacerme la que no vio o no supo. La vocación se construye en uno, con y para el otro y ser nosotros quienes hacemos comunidad. En la construcción del día a día hay una confianza mutua, una convicción de apuntar y caminar juntos hacia la justicia social.

Comprendo que es aquí donde puedo estar mejor, porque aparte de que no sé hacer nada, es aquí donde me encuentro con el otro, puedo dialogar, escuchar y ofrecer algo de lo que sí sé, algo de lo que soy que es inmaterial que la economía capitalista no aquilata, desdeña y desconoce, con toda la complejidad que eso entraña. Más que dar he aprendido a recibir.

Por eso, soy maestra. Elijo y decido estar aquí.

*Maestra en investigación de la Educación. Docente en el Instituto Superior de Ciencias de la Educación. cepauled@gmail.com